

EL SOLDADO: UN RINCÓN DEL CORAZÓN

Hay lugares que dejan grama dulce en nuestro interior e inundan de melancolía nuestras entrañas cada vez que evocamos su nombre reviviéndolos: son esos rincones que nos uncen a nuestra niñez y, al pensar en ellos, de algún modo nos purifican como el vaho del tomillo mojado por la lluvia del atardecer en un día cristalino. Uno



guarda en el alma un puñado de imágenes luminosas y un manojito de estampas que lo reconcilian con el tiempo; es verdad también, por otro lado, que, al recordar (sobre todo si el que lo hace es melancólico) solemos cubrir los recuerdos de un brillo azul que, en realidad, no tenían las escenas evocadas por la memoria la distancia. Reconozco, ante todo, mi inclinación por la añoranza: soy un hombre nostálgico, perdido en una maraña de recuerdos felices que aletean en mi corazón como una bandada azul de golondrinas girando en el cielo amarillo de una siesta con el campo envuelto en una luz de caramelo. Mis mejores recuerdos proceden de la infancia.

Muchos de esos recuerdos están atados a la estación de un ferrocarril que desapareció en mi adolescencia y se fue a reposar el sueño de los justos. Un día de verano del año 1970, lo recuerdo muy bien, se cerró la estación de El Soldado (para mí el lugar más romántico del mundo) y en mi alma tejó su tela de araña la tristeza, porque supe ese día amarillo, calinoso, que aquel tren pequeño y amable —el automotor— no volvería a pasar desgraciadamente por aquella humilde estación varada en el tiempo como un legendario animal de piedra triste. Una vez se fue el tren para nunca más volver, la vieja estación comenzó a

descascarillarse y le fueron naciendo arrugas en los ojos y el alma. La soledad fue cubriéndola de silencio, de matas de ruda, de cardos y de tomillos. Los años fueron dejando sobre su espalda lamparones de olvido y plomo, tejas rotas, desconchones de cal y óxido, musgo y niebla, y la estación fue muriendo lentamente.

Le vaciaron los ojos, fueron quitándole las ventanas, y en su cuerpo vacío anidaron los susurros de parejas furtivas de ansiosos enamorados abandonados en la desmemoria.

Ante tanta desolación, quienes vimos de niños el bullicio de la estación y el trasiego cálido de la gente yendo o viniendo del pueblo a El Soldado para tomar el tren hacia Peñas Blancas hemos seguido acudiendo a la vieja estación para hallar, entre el abandono y la soledad, pedazos irrecuperables de nuestra inocencia, fragmentos románticos de una edad llena de luz a pesar del tono plomizo de los inviernos y de la pobreza que en el aire se espesaba. Si detengo mi mente en la imagen de El Soldado veo el sonido violeta y dulce del automotor y oigo el color azul del horizonte sajado por un pitido luminoso que rasga el paisaje en dos mientras se acerca al pequeño andén donde esperan los viajeros para viajar a la sierra o a Pueblonuevo. Ahora se confunden los colores y los sonidos como una brutal sinestesia aquí, en mi alma, cuando cierro los ojos y pienso en aquella estación tendida en la luz ambarina de la tarde. Luego, como ya he dicho, pasó todo: el tren se murió, se ahogó en el horizonte, y la estación fue llenándose de maleza, de botellas rotas e inscripciones en las paredes. Mu-

chos años estuvo varada en la desmemoria como un vagabundo andrajoso y deshabitado, sin que nada ni nadie viniera a ofrecerle su alimento, la alegría y la luz que el lugar necesitaba.

El milagro, no obstante, ocurrió de un modo imprevisto, como ocurre en los sueños amables y placenteros que nos tocan las sienes después de una horrible pesadilla. Una tarde llegué paseando a la estación y, al hallarme a unos pasos de ella, froté mis ojos y me vi, de repente, ubicado en otra edad y el paisaje se desdobló y se recompuso como en esas películas raras de ciencia-ficción donde el paisaje cambia en dos segundos cruzando la línea de un tiempo imaginario donde todo es veloz, errático y flexible. Eso fue lo que sentí ante la visión de la estación de El Soldado remodelada: un sutil sentimiento de perplejidad y, a la vez también, de gozo y de alegría. Fue como si me hallase, de repente, dentro de un milagro. Observaba conmovido un trozo maravilloso de mi infancia: la estación de El Soldado al fin reconstruida y las vías del tren esperando en un ensueño el regreso del automotor que había volado años antes hacia un olvido de humo y óxido. Todo estaba sumido en la pátina del viento: podía tocar con los ojos la voz del tren y su lamento cálido, brumoso, viniendo hacia el pueblo desde Peñas Blancas. Pocas veces sentí en mi vida tanta emoción y tanto gozo interior como en

ese instante. Y agradecí hondamente emocionado, la labor de aquellas personas que idearon la reconstrucción de ese pedazo de mi mundo. Pocas veces observé, desde que me conozco, otra obra tan mágica como esta de reconstruir fidedignamente la vieja estación de El Soldado, quizá porque en ella se han reconstruido mis sentimientos y he vuelto a viajar a un lugar de mi corazón en otro tiempo cubierto por la maleza. Algo así me ocurrió (aunque menos, y de otro modo), cuando reconstruyeron la ermita de San Gregorio, aunque en esta ocasión no fue lo mismo: yo había conocido aquel lugar siempre en la ruina y, por ello quizá, no se produjo en mí el milagro de la misma manera que ahora se ha producido. Aún así, ambas obras: la reconstrucción de San Gregorio y la rehabilitación hecha ahora en El Soldado han sido sin duda, al menos para mí, las dos obras mejores realizadas en nuestro pueblo, observadas desde una óptica sentimental. Solamente por eso (y no es poco, en mi opinión) me siento feliz, además de agradecido. Enhorabuena a nuestro Ayuntamiento por haber rescatado un fragmento de nuestra memoria, un paisaje olvidado en las brumas grises del tiempo que ha vuelto a nacer como un ave fénix de sus cenizas.

Alejandro
López Andrada